

## Meditación para el XXII Domingo del Tiempo Ordinario

(Ecco 3, 17-18. 20. 29-29; Sal 67; Hbr 12, 18-19. 22-24<sup>a</sup>; Lc 14, 1. 7-14)



“Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos, ciegos, dichoso tú, porque no pueden pagarte”.

Amar a los que te aman, hacer el bien a los que sientes amigos, tener gestos de afecto con los te unen vínculos familiares, da gozo, alegría, satisfacción, y se crea un movimiento hermoso de reciprocidad. No es necesario un don especial, ni tiene mayor mérito. Esto lo solemos hacer todos naturalmente.

En cambio, amar a los que no te quieren, hacer el bien a los que sientes adversos, tener gestos de respeto con los diferentes, es una forma cristiana de amar, semejante a la que tuvo Jesús, y a la que tantos santos y hombres de bien han tenido a través de la historia, y se han convertido en ejemplo. Es posible que cuando los receptores de tanta generosidad se den cuenta, reaccionen con gratitud y reconocimiento.

Amar a los desconocidos, abrir la puerta a lo inesperado, ver en todo el paso del Señor, es luz que se recibe desde el Evangelio y que un día, según afirma Jesús, será título de bendición, aunque el que obró así no tuviera mirada teologal cuando realizó las obras de misericordia.

Meditando el Evangelio, he comprendido la forma de amar por amor, de la misma manera en que somos amados por Dios. Él no deja de amarnos aunque en muchos momentos parezca ausente, como si no supiera de nuestro camino. Hay quien sufre tiempos de intensa oscuridad, prueba o tentación, y llega a la dudar del amor divino.

Dios no puede dejar de amar. Cuando no lo sentimos, he comprendido que es el momento en el que su amor es más delicado, porque ni siquiera produce en nosotros la reacción agradecida, como efecto de la consolación o del favor que percibimos. Dios ama de tal forma que se adelanta siempre a nuestra respuesta, incluso a pesar de nuestra insensibilidad. En los momentos en los que no sentimos el amor de Dios está aconteciendo algo sublime, estamos siendo sostenidos por Él, sin que por su ayuda nos pase factura.

Los santos han tenido la sagacidad de amar a Dios en la noche, en la oscuridad, en la prueba, porque con ello participaban de la forma más divina de amar, la que ama por amor, sin producir siquiera en el amado la obligación o el compromiso de la respuesta agradecida. Es una forma de actuar como aconseja el Libro Sagrado: “Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso”.

El aforismo enseña: “Haz el bien y no mires a quién”. Haz el bien sin esperar respuesta. Haz el bien sin que el otro quede obligado a devolvértelo. Haz el bien a quien no te lo puede devolver. Haz el bien, aunque el otro te haga mal. Haz el bien, sin que el otro se entere que se lo haces.

¡Cuánto amor anónimo! ¡Cuánta entrega gratuita! ¡Cuánto gesto desinteresado, que por serlo, ni siquiera es noticia, y hasta cabe pensar que el mundo se destruye por el odio, la guerra, la infidelidad! Porque no nos acordamos de los que de manera oculta aman, de los que vigilan en la noche, de los que permanecen fieles.

“El Señor preparó casa para los pobres”. “Nos hemos acercado al Mediador de la Nueva Alianza, Jesús”, a quien nos ama sin que lo merezcamos. Ama tú también por amor.

Angel Moreno

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/meditacion-para-el-xxii-domingo-del-tiempo-ordinario](http://www.ciudadredonda.org/articulo/meditacion-para-el-xxii-domingo-del-tiempo-ordinario)